

EL DOCTOR JOSE IGNACIO DURAN, Y EL LUGAR QUE OCUPA EN LA HISTORIA DE LA MEDICINA EN MEXICO

NOTAS CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU MUERTE¹

DR. FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO²

EL PRÓXIMO 19 de abril, se cumplen cien años de haber fallecido el doctor José Ignacio Durán, socio fundador de esta Academia³ y Director de nuestra Facultad, llamada entonces la Escuela Nacional de Medicina.

No fue Durán, un cirujano atrevido como lo fueron Pedro Escobedo y Francisco Montes de Oca, ni un clínico sagaz como Miguel Francisco Jiménez, ni político acometedor como Valentín Gómez Farías, ni maestro que dejara estela de enseñanzas como Rafael Lucio o Gabino Barrera. Sin embargo, su larga existencia, buena parte de ella dedicada a su Escuela Nacional de Medicina, fue, según alguno de sus biógrafos una "vida dulce, tranquila y serena, pero impregnada de sentimientos nobles y patrióticos". Su memoria fue cubierta por el polvo de los años y por un injusto e indiferente olvido.

José Ignacio Durán de Huerta y

¹ Presentado en la sesión ordinaria del 3 de abril de 1968.

² Académico titular.

³ En la lista de Académicos aparece con el número progresivo 10.

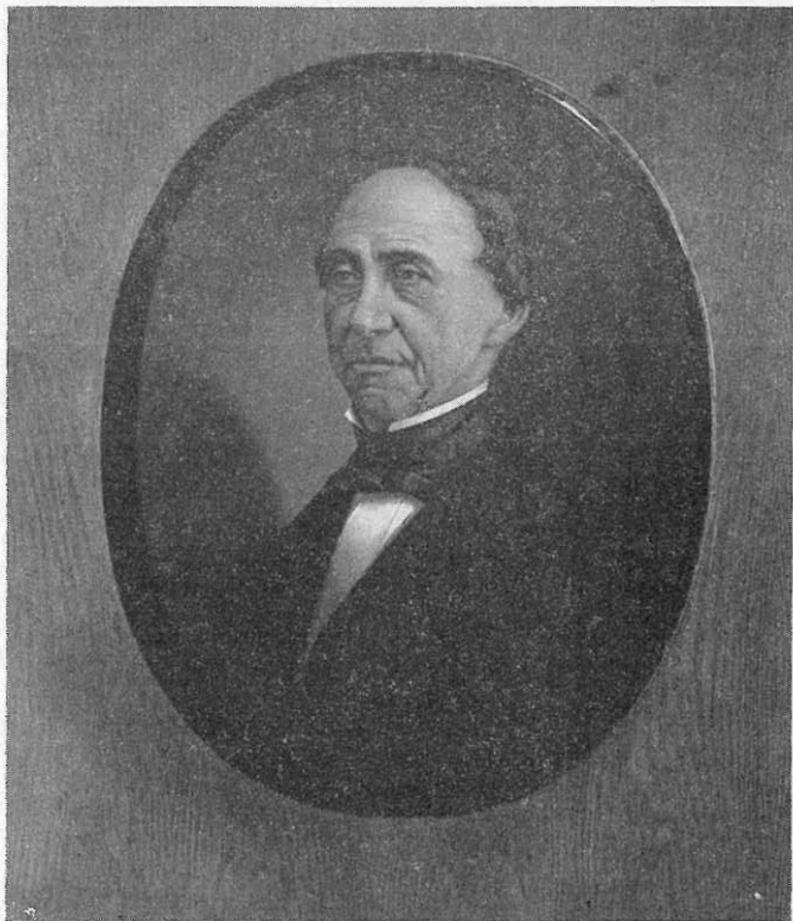
Gastelú, nació el 22 de junio de 1799 en Puebla de los Angeles, hijo de don Ignacio Durán y de doña Luz Segura, ambos en buena posición económica.

Su educación elemental la hizo bajo la dirección de don Antonio Jordán y Farfán de cuya escuela pasó a estudiar en 1813 latín al Colegio de San Luis, de donde pasó a estudiar filosofía en 1815, en el prestigiado Colegio Palafoxiano.¹

Fue estudiante de cirugía en el Hospital de San Pedro, cuna de la futura Escuela de Medicina de Puebla. En 1816 sustentó "acto" de fisiología.

En 1818 presentó otro acto de patología médicoquirúrgica, el cual fue presidido por don Manuel Carpio, futuro profesor de Fisiología en México. En aquel entonces, Durán ejercía las funciones de cirujano del Batallón de Realistas de Puebla, el cual se incorporó al Ejército Libertador de las Tres Garantías, que entró triunfalmente a México el 27 de septiembre de 1821.

No me ha sido posible encontrar la fecha exacta de su examen como cirujano, pero sí la de su certificado de



revalidación en México. La nota respectiva dice así: "Bachiller Dn. José Ignacio Durán de Huerta. Estudiante del Hospital de San Pedro de Puebla. Pagó la contribución de un peso por la certificación que se le dio en 20 de julio de 1820".⁴

En 1826, según Izquierdo, aparece Durán entre los veinte cirujanos que ejercían en Puebla.⁵

Figura con el grado de Bachiller, entre los profesores examinados en medicina y cirugía que ejercían en 1830 en México, en interesante docu-

mento que obra en el Archivo Histórico de nuestra Facultad.⁶

Fueron numerosos los cargos técnicos, políticos y docentes que desempeñó Durán, de los cuales no haré tediosa enumeración semejante a un *curriculum vitae* con fines burocráticos. Por ahora, mencionaré los principales.

El 16 de marzo de 1832 fue consultor del Cuerpo de Sanidad Militar. Con esta categoría escribió el año siguiente, por encargo del Director General del mismo cuerpo, un opúsculo sobre el "Cholera morbus", pandemia que tantas víctimas ocasionó en nuestro país. No tenía experiencia sobre el exótico padecimiento, ni lo tenía ningún médico de su tiempo en México, pero hizo el loable esfuerzo por compilar opiniones de los médicos extranjeros que ya conocían la enfermedad. El folleto de 16 páginas, modestamente se limita a dar su *parecer* acerca del tratado publicado en Francia, que se intituló "Examen histórico de la epidemia de Cholera morbus que se ha declarado en París, etc."

El 24 de octubre de 1835 fue nombrado adjunto de la Legación de México en Roma y más tarde, oficial de la misma Legación. Es posible que este cargo, que hoy se nos figura insólito, se haya debido al conocimiento que de sus méritos tenía el señor Pablo Francisco Vázquez, primer Ministro de la Legación de México ante el Vaticano. El representante de México, canónigo de la Catedral de Puebla, era por lo tanto, coterráneo de Durán. Posiblemente fue propuesto para su cargo

por el señor Vázquez quien, nombrado Obispo, fue substituido por don Manuel Díez de Bonilla, con el cual permaneció Durán en Roma.

En la propia ciudad de Roma, Durán aprendió el italiano que llegó a hablar con perfección, pudo satisfacer su cultura artística, y según uno de sus biógrafos "allí adquirió sin duda esa pasión tan exaltada por la música de que siempre dio tantas muestras".

Durán regresó a México en 1837, ya nombrado Arcade Romano y socio correspondiente de la Academia Tiberiana.

En 1838 ingresó al Establecimiento de Ciencias Médicas (después Escuela Nacional de Medicina) como profesor de patología externa. En esa calidad le tocó el honor de pronunciar el discurso en la solemne distribución de premios que tuvo lugar en el General de la Universidad el 7 de noviembre de 1841. A partir de 1847, fue profesor de medicina legal, la que, según documentos del Archivo Histórico de la Facultad, impartía los días lunes, miércoles y viernes por la mañana. Los autores de textos que recomendó fueron Peyró, Rodríguez y posteriormente a Mata. Después de 30 años de docencia, a su fallecimiento fue substituido por el doctor Agustín Andrade.⁸

En 1839 ingresó como socio de número a la Academia de Medicina de México y fue cirujano del recién establecido Hospital de Inválidos.

Su vida profesional y social, más trascendencia tuvo a partir del 9 de enero de 1847 cuando fue nombrado Director de la Escuela de Medicina, o

Establecimiento de Ciencias Médicas, cargo, en aquella época, bastante difícil.

El Establecimiento de Ciencias Médicas como es bien sabido había sido fundado el 23 de octubre de 1833. Se suprimía la antigua Universidad fundada desde 1521, y se organizaba la Dirección de Instrucción Pública que comprendiendo varios "Establecimientos" (uno de ellos el de Ciencias Médicas). En realidad se creaba, con otro nombre y otra orientación, otra Universidad.

Se oye decir con frecuencia que, desde el decreto de Valentín Gómez Farías, el 23 de octubre de 1833, terminó la anacrónica enseñanza médica de la Real y Pontificia Universidad y empezaba una era de progreso esplendoroso. Nada más alejado de la verdad. Gracias a los profesores del Establecimiento de Ciencias Médicas se pudo salvar, sostener y engrandecer a costa de grandes esfuerzos, grandes sacrificios y tenaz perseverancia el Establecimiento que fue resultado de la reforma médica de 1833.

Al año siguiente en 1834, Santa Anna había restaurado la Universidad. El Establecimiento de Ciencias Médicas, ubicado en el antiguo Convento de Betlemitas subsistía pero sin elementos pecuniarios. Los profesores impartían sus enseñanzas gratuitamente, y hasta del ruinoso edificio que ocupaban fueron despojados. En 1838 se les concedió parte de la vieja construcción que había sido Hospital del Espíritu Santo, de la cual, al fin fueron desalojados en 1843. La Escuela

de Medicina fue incorporada al Colegio de San Ildefonso de donde fue echada, como huésped intrusa, al Colegio de San Juan de Letrán.

Tan penoso peregrinar tocole sufrir bajo la dirección de Casimiro Liceaga.

Guillermo Prieto con su peculiar humor comenta en sus *Memorias*: "Sin hogar ni asiento, pasaron los hijos de Esculapio del Convento de Betlemitas al del Espíritu Santo; de allí a San Ildefonso, donde tuvo nombre de Escuela de Medicina; en menos de un periquete dio un salto a San Juan de Letrán donde parece que perdía el fuero en San Hipólito, donde por fin se organizó".⁹

Tal era la situación, cuando el 9 de enero de 1847, Durán fue nombrado director del "Colegio de Medicina" instalado provisionalmente, como ya se ha dicho, en la Academia de San Juan de Letrán.

La enseñanza médica fue interrumpida por la guerra con los Estados Unidos, tanto más, cuando profesores y alumnos integraban batallones de la Guardia Nacional. Las lecciones se reanudaron al año siguiente y es entonces cuando Durán empieza a demostrar su amor por la institución, y su inteligencia para dirigirla.

Consiguió que el Ayuntamiento vendiera a la escuela el antiguo convento de San Hipólito, que fue pagado con sueldos que se adeudaban a los profesores. Estos contribuyeron en la siguiente forma: Ignacio Erazo, José María Vargas, Leopoldo Río de la Loza, Pablo Martínez del Río, Ladislao de la Pascua y Miguel Jiménez a razón de

cinco mil pesos cada uno; Manuel Carpio e Ignacio Torres dos mil pesos cada uno; setecientos pesos don Francisco Ortega y ciento cada quien de los profesores agregados: Rafael Lucio, Luis Muñoz y José Ferrer Espejo. A pesar de todo, fueron despojados de su nuevo edificio por el Ministro de Guerra Lombardini, pues Santa Anna lo necesitaba para cuartel de húsares.^{10, 11, 12}

Las protestas y gestiones de los profesores, dirigidas por José Ignacio Durán, tuvieron por resultado que don José Urbano Fonseca, Inspector de Instrucción Pública adquiriera por compra, del seminario conciliar el antiguo Palacio de la Inquisición en la Plaza de Santo Domingo. En esta nueva casa permaneció la Facultad durante un siglo.

Comienza entonces una época de esplendor de la Escuela de Medicina, que si bien fue debida a la abnegación de los profesores, lo fue también por la prudencia y enérgica serenidad de José Ignacio Durán.

Como dato complementario señalaremos la donación que la Academia de las Bellas Artes hizo el año de 1860 de la interesante escultura neoclásica de San Lucas, obra de Soriano y Vilar, que fue solemnemente colocada en el salón de actos de la propia escuela, con suntuosa ceremonia, en la que Durán tomó parte como Director.¹³

El doctor Eduardo Liceaga en su libro "Mis Recuerdos de Otros Tiempos", narra detalladamente la actitud casi paternal de Durán para los alumnos, muchos de los cuales, como se ha

dicho, durante sus estudios tenían hogar y alimentación en su propia escuela. Algunos de ellos, gozaban de becas gestionadas por el mismo Durán.¹⁴

Se tuvo la idea de que los estudiantes vivieran precisamente en la Escuela de Medicina para que pudieran ser vigilados y dirigidos en su conducta y estudios. Las habitaciones estaban en el patio interior que después fue gran auditorio, donde José Ignacio Durán procuró que la asistencia de los estudiantes fuera lo más cómodo y decente posibles.

Durante los 22 años que dirigió la Escuela, Durán tuvo que ajustarse o enfrentarse a los cambios que los distintos gobiernos dieron en la Instrucción Pública. Hubo pugnas con la Universidad, que convirtió en colaboración. Pasó la dictadura de Santa Anna, los gobiernos de Alvarez y Comonfort, la Guerra de Tres Años, la Intervención Francesa, el Imperio y la restauración de la República. Durante ellos, Durán permaneció como director de la Escuela de Medicina y en ese carácter fue siempre respetado y sostenido, lo que es de explicarse durante estos veintidós años de convulsión política y social, solamente por sus cualidades personales.

Las cualidades que ameritaron el cariño de quienes le trataron se manifestaban no solamente en el aspecto técnico, docente y administrativo. Se ha dicho ya que su cultura fue refinada. Su educación artística y la convicción de que el médico debe tener una cultura equilibradamente integral, contribuía a tan interesante aspecto, hoy día reconocido en la educación universitaria.

Era miembro de la hoy benemérita

PARECER

QUE

DIO EL CONSULTOR

DEL

CUERPO DE SANIDAD MILITAR

C. JOSE IGNACIO DURAN,

En virtud de la comision que le confirió el Sr. Director general del mismo cuerpo, sobre la Memoria que en el tomo 8.º perteneciente á Abril de 1832, del diario redactado por una Sociedad de médicos de París, se titula: „Examen histórico de la epidemia de Chólera morbus, que se ha declarado en París, con los métodos curativos que se han empleado segun las diferentes formas y periodos de la enfermedad y apreciacion de sus resultados.”

MEXICO:

IMPRESA DEL AGUILA,

dirigida por José Ximeno, calle de Medinas núm. 6.

1833.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Por la lista de los socios, sabemos que Durán vivía en la calle de Santa Teresa la antigua.

Durán era uno de los principales sostenedores de la Sociedad Filarmónica Mexicana y la Escuela de Medicina era el hogar de tan selecta asociación, la cual celebraba sus conciertos en un salón de la propia escuela arreglado expresamente. No está por demás decir que el Secretario de la Sociedad Filarmónica era el entonces joven médico que con los años llegaría a ser como dice el doctor Ocaranza "el muy magnífico doctor don Eduardo Liceaga tan notable por su patriotismo sanitario y por su honradez".

Fue bajo la protección moral de José Ignacio Durán y en la Escuela de Medicina, "ante lo mejor de la sociedad culta de México", cuando se escuchó a la joven cantante mexicana Angela Peralta, acabada de llegar de Europa y primera figura de un cuadro de ópera de un empresario italiano apellidado Vianchi.¹⁵

Eran asiduos concurrentes, el año de 1865 el joven compositor Melesio Morales; el pianista y maestro de varias generaciones Tomás León; el doctor Aniceto Ortega, de abolengo médico y artístico; el mecenas de la música don Ramón Romero de Terreros y claro está, que el doctor José Ignacio Durán.

Y fue el caso que la Sociedad Filarmónica Mexicana, empeñada en que se cantara en el Teatro Nacional la ópera "Ildegonda" compuesta por Melesio Morales, sufrió un desaire, cuyos detalles no son por el momento de repetir,

del fachendazo y metalizado Vianchi, pero el resultado fue inesperado.

La Sociedad Filarmónica Mexicana se decidió a fundar el Conservatorio Nacional de Música. Los miembros de la asociación contribuyeron con cuotas mensuales; el gobierno asignó la suma anual de dos mil pesos y le fue cedido el antiguo edificio que había sido la Universidad. Tal fue el origen del benemérito Conservatorio Nacional de Música.

El día diecinueve de abril de 1868 Durán falleció de neumonía aguda. Su muerte fue motivo de duelo para todas las clases sociales. El cuerpo fue velado en su Escuela Nacional de Medicina, previo embalsamiento, y sepultado hasta el día 25 del mismo mes en el panteón de San Fernando. A su sepelio acudieron "todas las asociaciones científicas y culturales, los colegios, las escuelas, infinidad de personas se apresuraron a acompañar a su última morada al hombre que había consagrado su vida al adelanto de la ciencia".¹

Los alumnos de la Escuela de Medicina, Antonio Domínguez y Manuel Acuña, recitaron sendas poesías.¹⁶

Acuña, el inolvidable Acuña, dijo los siguientes versos que entresacamos de un extenso poema fúnebre:

.....

*Amigo del dolor, siempre tuviste
un consuelo que dar al desgraciado,
que olvidaba su mal horrible y triste
cuando tú te encontrabas a su lado.
y mezclando tu llanto con el suyo
y latiendo de amor el noble pecho,
era tu gloria, tu mayor orgullo,*

*velar al infeliz junto a su lecho
sediento de saber, de luz, de ciencia,
buscaste sus magníficos raudales,
por hallar un alivio a la dolencia
que oprime con su pecho a los mortales,
y sembraste la ciencia por do quiera,
y brotaron Escuelas y Planteles,
como brotan en medio, a la pradera
jazmines y heliotropos y claveles.*

.....

*Lo mismo tú, marcaste tu camino,
con acciones tan grandes y tan bellas,
como el planeta opaco y diamantino,
que gira coronado por estrellas
y al dejar de tu vida una memoria,
en las huellas hermosas de tus pasos
tendiste el vuelo allá... pero la Gloria
te recogió al morir entre sus brazos...²*

“Los grandes hombres, decía Claudio Bernard, pueden ser comparados a antorchas que brillan de distancia en distancia para guiar la marcha de la ciencia. Son luz de su tiempo, porque descubren fenómenos imprevistos y fecundos que abren vías nuevas y muestran horizontes desconocidos; o porque generalizan los hechos científicos adquiridos y hacen salir de éstos, verdades que sus precursores no habían percibido... han sido comprados a gigantes que llevan montados sobre sus espaldas a pigmeos que sin embargo, ven más lejos que ellos”.

Esos gigantes fueron Bichat, Laënnec, Virchow, Bernard, Pasteur, en Europa. Miguel Jiménez, Lucio, Liceaga, en México. Las enseñanzas de estos últimos hubieran caído en tierra estéril, según la frase evangélica, de no haber vivido

hombres que prepararan la tierra, regaran la sementera y vigilaran la cosecha. De estos hombres hubo uno que destacó por su bondad, por su patriotismo, por su abnegación. Concibió el significado hipocrático de filoiatría y filantropía. Este fue José Ignacio Durán a quien hoy recordamos al siglo de su muerte.^{17, 18}

REFERENCIAS

1. Frías y Soto, H.: *El Dr. José Ignacio Durán*. Anales de la Asociación Larrey II. 8: 113-4. México, 1876.
2. Frías y Soto, H.: (*loc. cit.*).
3. Flores Francisco A.: *Historia de la Medicina en México*. México, 1888. T. III, Pág. 739. Dice Flores que Durán se matriculó en la Universidad de México el 24 de mayo de 1823. Que recibió el título de Bachiller previo examen el 26 de abril de 1824 y que en 1825 y 1826 substituyó en la cátedra de Prima de Medicina, a los doctores Jove y Febles. Revisando el archivo de la Universidad, no he podido encontrar el dato respectivo. Por otro lado el mismo Flores (Pág. 738) afirma que “sentó matrícula” en 1799, o sea el año de su nacimiento y se recibía de cirujano romancista en 1804, es decir, a los cinco años de edad. Error inexplicable.
4. Archivo Histórico del Museo de Antropología. Ramo Hospital Real. Tomo fs.
5. Izquierdo José Joaquín: Raudon, Cirujano Poblano de 1810. México, 1949. Pág. 232.
6. Fernández del Castillo, Francisco y Hernández Alicia: *El Protomedicato en la Nueva España según el Archivo Histórico de la Facultad de Medicina*. México 1964. Págs. 43-7.
7. Durán, doctor José Ignacio: *Parecer que dio el consultor del Cuerpo de Sanidad Militar... en virtud de la comisión que le confirió, etc.* México, Imprenta del Aguila, dirigida por José Ximeno, Calle de Medinas Núm. 6. 1833.
8. Ruiz, Luis: *Apuntes Históricos de la Escuela Nacional de Medicina*. Archivalía Médica. México. Imprenta Universitaria 1963. Págs. 17, 24, 28 y 51.
9. Prieto, Guillermo: *Memorias de mis tiempos*, México, 1906.

10. Fernández del Castillo, Francisco: *Cómo adquirieron los profesores de la Escuela Nacional de Medicina el Palacio de la Inquisición*. Gaceta Médica de la Inquisición. GAC. MED. MEX. LXXXVI: 203-18. México, 1956.
11. *Archivo Histórico de la Facultad de Medicina*. Parte de los documentos pueden verse en 12.
12. Fernández del Castillo, Francisco: *El viejo solar de la Escuela de Medicina*. Rev. Fac. Med. X: 61-76. México, 1967.
13. Fernández del Castillo, Francisco: *Breve reseña histórica relativa a la erección de la estatua de San Lucas en la Escuela de Medicina*.
14. Fernández del Castillo, Francisco: *San Lucas en la Escuela de Medicina*. Centenario de un monumento. El Médico. VII: 54-60, 1960.
15. Liceaga, doctor Eduardo: *Mis Recuerdos de otros tiempos*. Obra póstuma. Arreglo preliminar y apuntes por el doctor Francisco Fernández del Castillo. México. Págs. 20 y 29.
16. Liceaga, doctor Eduardo: (*loc. cit.*). Págs. 31, 33.
17. *La Constitución Social*, periódico de política, de religión, literatura y anuncios. Tomo I. Núm. 13, México, 4 de mayo de 1868. Pág. 3.
18. Durán, doctor José Ignacio: *Remitido (Observaciones sobre viruelas)*. Periódico de la Academia de Medicina de Méjico (sic). Tomo IV: 393-4, 1839. En las "manzanas" 130, 132 y 134 hubo 60 casos de viruelas atendidas por Durán. Murieron 6 que no habían sido vacunados.
19. Durán, doctor José Ignacio Durán: "remitido". *Envía Durán copia de las constituciones de la Universidad de Roma, recién publicadas por el Papa León XII*. En esa Universidad había cuatro colegios, entre ellos el de Ciencias Médicas y Quirúrgicas. Periódico de la Academia de Medicina de Méjico (sic). V: 341-5, 1840.
20. Durán, doctor José Ignacio: *Discurso pronunciado por el Sr. D... catedrático de patología quirúrgica en el referido Establecimiento (de Ciencias Médicas)*. Periódico de la Academia de Medicina de Méjico (sic). V: 352-61. Fue pronunciado el 7 de noviembre de 1841 en una distribución de premios.

COMENTARIO OFICIAL

DR. GERMÁN SOMOLINOS-D'ARDOIS¹

NUNCA SERÁ suficientemente comprendida la labor tenaz, en ocasiones dificultosa, con que el Dr. Fernández del Castillo viene enriqueciendo —por no decir edificando—, la historia médica de México. No hace muchos días, reunidos en su despacho de la Facultad de Medicina, rodeados de ese inestimable y casi inexplorado archivo que él allí custodia, hacíamos consideraciones sobre el auge que ha tomado la historia médica en México. Hoy, públicamente, es preciso confesar que en su casi totalidad esta importancia de los estudios médicos entre nosotros, se debe al empeño continuo y la dedicación del Fernández del Castillo en este campo.

¹ Académico numerario.

Acabamos de asistir a un ejemplo más de esa investigación histórica constante, cuando, con el método y la meticulosidad en él características, ha sacado del olvido una figura que, no obstante su notoriedad, estaba prácticamente desconocida entre los historiadores de México.

La lectura del trabajo me sugirió algunos datos que son los que después de felicitar al Dr. Fernández del Castillo quiero apuntar aquí.

Nace José Ignacio Durán en Puebla. Estudió cirugía, lucha en la independencia. Se hace médico, viaja por Europa como diplomático y, cuando regresa, dirige, por más de veinte años, la Escuela de Medicina, sin dejar de cultivar su afición a la música